

## Lingüística Cartesiana o el Método del Discurso

ERICA C. GARCIA  
*Universidad de Leiden*

### Resumen

La primera parte del artículo sugiere que la visión estática de la lingüística formalizadora debe reemplazarse por un enfoque dinámico. En el resto del trabajo la autora ilustra una alternativa dinámica mediante su análisis del pronombre *sí*, descripto generalmente como forma "refleja", o sea, forma correferencial con el sujeto del verbo en cuyo predicado aparece dicho pronombre. La recolección de datos se hace mediante empleos de *sí* ilustrados en textos de autores reconocidos, que se presentan en su contexto pero con la forma *sí* omitida a un grupo de hablantes nativos para que rellenen el hueco con la forma que estimen más apropiada. Estas respuestas son analizadas prestando especial atención a los casos inferencialmente difíciles. Se señala la fragilidad del procedimiento elegido de la que la única salida es apelar a la *coherencia (con)textual*. Es decir, buscar el contralor *independiente* del mensaje particular en el contexto que lo define en el sentido más liberal de la palabra. Puede revelarse así la intención comunicativa más probable para el contexto original pero no comprobar objetivamente la *identidad* de intenciones comunicativas.

La lectura de un texto es una operación activa (*no* pasiva) en la que distintos lectores *construyen* un sentido de modos necesariamente subjetivos y, por lo tanto, necesariamente perciben distintos mensajes coherentes. (Resumen preparado por la editora).

### Abstract

The first part of the article suggests replacing the static view of formalizing Linguistics by a dynamic approach.

In the rest of the paper the author presents a dynamic alternative in her analysis of the pronoun *sí*, usually described as the "reflex" form, that is, a form of the predicate in which that pronoun occurs. The data gathering was carried out by means of the use of occurrence of *sí* exemplified in texts from well-known writers, presented in its context with the form *sí* deleted, to a group of native speakers who should fill each blank with the most appropriate form. Those answers are analyzed focussing on inferentially difficult cases. The fragility of the instrument is noticed, and it is pointed out that the only way to avoid it can be found in appealing to *(con)textual coherence*. That is, looking for controls *independent* of the particu-

lar message in that context by which it is defined in the most literal sense of the word.

Thus, the most probable communicative intention can be revealed for the original context, but there is no way to objectively verify the *identity* of communicative intentions.

Reading a text is an active operation (that is, *not* passive), within which different readers *build* a sense by means necessarily subjective, and therefore, they necessarily perceive different coherent messages. (Abstract prepared by the Editor).

## 1. Introducción\*

La noción de *gramaticalidad* debería derivarse —la morfología misma de la palabra lo sugiere— del concepto de *gramática*. Dentro del enfoque formal que caracteriza a gran parte de la lingüística moderna, sin embargo, los términos se han invertido, y lo que se toma como dado y primario es la gramaticalidad de determinadas oraciones. El objetivo perseguido por el analista, entonces, es la gramática (desconocida, pero postulable) que rinda cuentas, de la manera más eficiente (o sea, simple) del hecho de que determinadas expresiones lingüísticas serían gramaticales y otras, en cambio, no.

Del momento que la agramaticalidad de determinadas oraciones asume el carácter independiente de *dato*, sería de esperar que constituyese un atributo obvio y reconocible de las expresiones lingüísticas. El problema está en que tal atributo no existe. En algún momento se pensó (Chomsky, 1957:13) que la intuición de los hablantes distinguiría certeramente entre oraciones gramaticales y no gramaticales. Pero muy pronto se vio que éste no es el caso; aún más, se llegó a hablar (Langacker, 1968:16) de la

gramaticalidad de una oración para una interpretación determinada

—con lo que implícitamente se reconocía que la gramaticalidad de una oración no es un atributo de su mera forma (como sí ocurre en el caso de lenguas artificiales, como las de la lógica) sino que la intuición de los hablantes (humanos) atiende al contenido comunicativo de la expresión, y juzga la forma de ésta no solo en función de aquél sino, aún peor, del contexto (variable) en que la expresión cumple su función comunicativa.

La empresa generativista es comprensible si lo que se persigue con una gramática es *formalizar* la expresión lingüística, vale decir, especificar los atributos que permitan reconocer si una expresión es gramatical o no. Tal tipo de juicio debe basarse, necesaria y naturalmente, en atributos formales —pero considerar esto como un *desideratum* solo es posible cuando se ve a las lenguas formales como modelos para las naturales. Es ésta, presumiblemente, la visión de Chomsky, quien

comienza su alegato a favor de la autonomía de la sintaxis afirmando (1957:13):

From now on I will consider a *language* to be a set (finite or infinite) of sentences.

— una caracterización a la que se opone, entre otros, Mc Cawley (1976:152).

No sorprende que partiendo de tal premisa y persiguiendo tal objetivo, la empresa generativista no haya tenido éxito hasta la fecha. Lo que es más serio aún, se ha abandonado la empresa misma, ya que *gramaticalidad* ha terminado siendo (como lo indica la morfología misma de la palabra) una noción derivada. Por *gramaticales* se entiende ahora las oraciones generadas por la gramática (Bach, 1974:11, 25, 26; Newmeyer, 1983:51)<sup>1</sup> —con lo cual la tentativa formalizadora pierde todo asidero en una realidad empírica, y se convierte en un quehacer auto-suficiente, alejado del mundanal ruido con que comunican entre sí los seres humanos no idealizados.

Pero con todo... Es evidente que todo lingüista que quiera, a la vez, *describir una lengua, y explicar el comportamiento de sus hablantes*, ejerce un cierto criterio selectivo al reconocer los “datos” que constituyen el objeto de su análisis. Este criterio es, por lo general, tácito, sobre todo en las condiciones analíticas óptimas, o sea, cuando el analista domina la lengua como un nativo<sup>2</sup>. Ni la importancia, ni la dificultad del problema admiten duda. Ikonen (1978, 1983) lo ha discutido con tanta agudeza como seriedad, pero no nos satisface su conclusión (1983:61), que esencialmente se reduce a apelar a una propiedad absoluta de “corrección” que estaría dada en la intuición de los hablantes.

Es posible y correcto recurrir a este criterio para cuestiones que esencialmente se reducen al reconocimiento de formas<sup>3</sup>, como lo es, por ejemplo, el caso de la posición del artículo respecto del nombre (cf., para algunos ejemplos, Ikonen, 1983:61, 64). Pero lo que es válido para la morfología no lo es para la sintaxis, cuya naturaleza es esencialmente otra. En morfología (como en fonología) tanto el hablante como el analista están confrontados con un inventario finito de unidades lingüísticas. La esencia de la sintaxis (como lo indica la propia etimología de la palabra) es la co-localización de formas. Esta es, en principio, libre e infinita, y lo que la constriñe no son (por mucho que les pese a los formalistas) principios absolutos de (no)combinabilidad, sino la posibilidad de derivar/inferir un mensaje coherente (o sea, relevante) de una combinación dada en un contexto dado (cf. Sperber & Wilson, 1986).

Es por eso que los problemas “interesantes” de la sintaxis son justamente aquellos en que no se trata de mero reconocimiento, sino que hay más de una opinión respecto de la relación entre contenido y expresión. Es muy probable que en el caso de la fonotáctica o la morfología las fórmulas canónicas en efecto cubran la enorme mayoría de las formas que ocurren y que, conversamente, la enorme mayoría de lo que no se observa esté excluido por dichas fórmulas, con lo que las

combinaciones contradictorias (previsto, pero ausente; prohibido, pero presente) se reducen a un mínimo. Pero en el caso de la sintaxis —en que no se trata de generar un léxico finito sino, justamente, de producir una infinidad de combinaciones comunicativas— la cosa es claramente al revés. La apertura misma que exige el uso comunicativo de la lengua borra las fronteras nítidas entre lo “posible” y lo que posiblemente podría ser, y lo normal son los casos de indeterminación, en que no es posible separar el aspecto lingüístico de una expresión del de “uso comunicativo”: gramatical (=lingüísticamente correcto) se confunde así con comunicativamente funcional (=pragmáticamente efectivo). Tanto más urgente, pues, que nos preguntemos qué estamos describiendo, y si no, cualquier secuencia arbitraria de palabras es reconocida como objeto de estudio, ¿por qué no?

Parte del problema (sospechamos que su propia raíz) está en un desajuste fundamental entre el objeto de estudio y las categorías conceptuales con que se lo pretende aprehender. No cabe duda de que la gramática tradicional —y su heredera más difundida, la lingüística formalizante del MIT— es, por sobre todas las cosas, estática. Pero ya lo dijo Humboldt hace siglo y medio: la lengua no es *ergon*, sino *energeia* (1949:44): mientras tratemos de captar un fenómeno dinámico con categorías descriptivas estáticas iremos errados, y nuestro análisis estará condenado a no corresponder con el *describendum*.<sup>4</sup>

A nuestro juicio toda tentativa de mejora metodológica debe partir de una visión más justa de lo esencial de la lengua, o sea de lo que le confiere ese carácter dinámico en que insistía Humboldt. A la pregunta ¿en qué estriba la esencia dinámica de la lengua? la respuesta deberá ser: en que no es posible disociar la lengua de su uso, puesto que solo en éste existe, ya sea como pensamiento individual, ya sea como acto de comunicación (Coseriu, 1973: 44 *et passim*). La lengua no existe, ni tenemos conciencia de ella, sino cuando hacemos uso de ella —para comunicarnos con otro o con nosotros mismos, al pensar.

Pero en tal caso debemos prestar mucha más atención de lo acostumbrado al funcionamiento de la lengua, y no divorciar la descripción de la *competence* del estudio de la *performance*. Ahora bien: incluso la atención más somera al uso de las lenguas naturales nos demuestra que éstas no pueden ser vistas como meros códigos (Sperber & Wilson, 1986:3–24 *et passim*). Su uso entraña una operación fundamentalmente cognitiva, un procesamiento de información mediante el cual la mente impone (o saca) sentido a una expresión lingüística-en-su-contexto. El valor de las diversas formas que integran una expresión lingüística es interpretado de tal manera que el mensaje global a que contribuyen sea máximamente coherente, vale decir, esté mínimamente reñido con:

- i) el valor independiente de las diversas formas enunciadas;
- ii) el contexto cognitivo compartido por los interlocutores (Sperber & Wil-

son, 1986:38–46) al cual es relevante lo dicho;

iii) la información “enciclopédica” (presuntamente) compartida por los interlocutores, o sea, su conocimiento general del mundo.

No es nuestra intención entrar en el complejísimo problema que representa este proceso, pero sí nos interesa destacar que, precisamente por tratarse de una operación mental, la inferencia de un mensaje procede por pasos, en los que (presumiblemente) se van integrando más y más elementos del contexto (ya sea lingüístico como extralingüístico) en la derivación del mensaje. En teoría es posible, por lo tanto, que distintos mensajes igualmente coherentes en sí no resulten, en cambio, igualmente evidentes. La progresiva integración de formas y contexto podría verse como la solución de un problema, como la búsqueda de un mensaje relevante que no esté en conflicto con nada de lo dicho, ni con la información extra-lingüística de los interlocutores. Por definición el mensaje más obvio (o sea, el inferencialmente más fácil) será el percibido: porque una vez hallada una solución no tiene sentido buscar otra. La solución será siempre la primera hallada, así como las cosas perdidas las encontramos siempre, inevitable y fatalmente, en el último lugar en que miramos.<sup>5</sup>

Pero, claro está, hay obvio a la mano y obvio una vez que se lo ve —y entre ambos extremos (igualmente coherentes en sí) media toda una escala de *proximidad inferencial*. Insistimos en ello por dos motivos:

i) porque es lo que corresponde a nuestra experiencia en el uso diario de la lengua.

Pese a que en la gran mayoría de los casos nuestra comprensión sea tan instantánea como *obvia*, todos hemos experimentado la sensación de buscar el sentido de algo, de no entender lo dicho, y de pronto verlo, de que las piezas (¡de información relevante!), caigan en su lugar. Hay motivo para suponer, por lo tanto, que la búsqueda inferencial sea psicológicamente real.

ii) porque este enfoque del uso de la lengua nos permite discutir de manera coherente lo que se solían llamar *grados de gramaticalidad*.

Es evidente que dentro del marco estático que presupone el enfoque formalizante exigido por el concepto mismo de *gramaticalidad*, la noción de *grados* carece de todo sentido. Si se apeló a tal noción pudo ser solo como compromiso, o concesión, a hechos demasiado evidentes. Ahora bien: la existencia de un continuo puede relacionarse —impecablemente desde un punto de vista metodológico— con la integración gradual de una forma con su contexto, fenómeno dinámico, y por lo tanto sí compatible con la existencia de *grados*.

## 2. A la búsqueda de los datos

Hasta ahora nuestra discusión ha sido exclusivamente teórica: hemos sugerido

do que la visión estática de la lingüística formalizadora debe reemplazarse por un enfoque dinámico. Pero el valor de un enfoque solo se demuestra en la solución de problemas concretos. En el resto de este trabajo trataremos de ilustrar una alternativa dinámica presentando nuestro análisis del pronombre *sí*, descrito generalmente como forma *refleja*, o sea, forma correferencial con el sujeto del verbo en cuyo predicado aparece dicho pronombre.<sup>6</sup>

Comenzamos por ejemplificar la noción de *grados de aceptabilidad* con dos usos de dicho pronombre:

*Res. 533*

Fue un choque de *sí* contra *sí* misma.

*FJ 225*

Sintió<sub>x</sub> que algo se había abierto dentro de *sí*<sub>x</sub>.

Ambos casos constituyen flagrantes contravenciones del uso prescrito para *sí*: es tan poco reflexivo el uno como el otro, y por lo tanto ambos deben ser vistos como patentes casos de agramaticalidad. Pero uno —el segundo— es mucho más natural y aceptable que el otro; podría pasar, casi, como uso *normal* de *sí*. No así, en cambio, el primero (*Res. 533*). Lo que necesitamos, entonces, es otro tipo de análisis gramatical: uno que —justamente por partir de la operación inferencial sin la cual no hay lengua— nos permita comprender por qué *sí* se entiende también en *FJ 225*, y tan mal en *Res. 533*, y que, *de la misma manera*, explique la diferencia entre *FJ 225* y un uso como

Juan se miró a *sí* mismo en el espejo

que la gramática tradicional reconoce como uso *ortodoxo* de *sí*. ¿Cómo obtener los datos para un análisis que quiera dar cuenta, justamente, de este tipo de diferencia?

Supongamos que lo único que está (siempre) en juego es la mayor o menor transparencia con que (el significado) de una forma contribuye a la transmisión de un mensaje —la menor o mayor *distancia inferencial* que media entre forma y mensaje global<sup>7</sup>: en ese caso, la comunicación será tanto más efectiva cuanto menos difícil sea la inferencia de la intención comunicativa del hablante. También es de suponer que lo más sencillo (inferencialmente) sea lo más frecuente, puesto que no tiene sentido complicar las cosas, o decir o hacer más para lograr el mismo efecto que se puede lograr con menos. Por consiguiente podemos esperar que las formas lingüísticas ocurrirán con mayor frecuencia en contextos relativamente más congruentes con su valor que en aquellos que sean menos congruentes. La implicación para el analista es clara: la frecuencia relativa de uso es un *síntoma* del valor de una forma (cf. García, en prensa).

Pero en ese caso tenemos a quien recurrir —motivadamente— para los datos

necesarios: no a la intuición (solipsista) de una *competence* curiosamente universal, sino al *consenso* de distintos hablantes respecto de la normalidad de un uso comunicativo<sup>8</sup>. Partimos de la premisa de que los hablantes usan *bien* su lengua —por el sencillo motivo de que no hay otra definición de *uso correcto*, o criterio para su identificación, que lo que *hacen* los hablantes nativos.

Necesitamos, entonces, un método experimental que nos permita obtener (de hablantes nativos) información sobre la eficacia —casi diríamos la *felicidad*— comunicativa de una expresión dada. Las preguntas más o menos directas como *¿Cuán aceptable le parece "..."? o ¿Vd. diría "..."? tienen el grave inconveniente de su artificialidad: emitir juicios de aceptabilidad no es parte del uso normal de una lengua. Lo ideal sería recrear en los informantes una necesidad comunicativa controlable y controlada, o sea, para la cual se conoce, independientemente de las respuestas de los informantes, la *solución correcta* — o, justamente, una solución que se quiere someter a prueba.*

Una posibilidad es partir de un caso de uso real —por ejemplo—, los ejemplos de *sí* ilustrados en *Res. 533* y *FJ 225*— y presentarlo, en su contexto (pero con la forma crítica, en este caso *sí*, omitida) a un grupo de hablantes nativos, a quienes se ruega que rellenen el hueco con la forma que estimen más apropiada<sup>9,10</sup>. En teoría el uso original será el que mejor refleja el mensaje que deseaba transmitir el autor; también es de suponer que, a su vez, dicho mensaje sea el más natural en su contexto, ya que el pasaje es coherente como totalidad, lo que presupone la mutua relevancia de todas las partes.

Si se dan todas estas condiciones, el contexto mismo deberá sugerir a los informantes la misma forma a que recurrió el autor original<sup>11</sup>, y el mayor o menor grado en que los informantes reproduzcan la opción original podrá verse como una medida de la *felicidad* del recurso a dicha forma en ese contexto<sup>12</sup>.

Ahora bien: es claro que el método descrito encierra una indeterminación fundamental, ya que hay *dos* cosas en juego:

- i) la congruencia de la forma con el mensaje sugerido por el contexto inmediato, o sea, la *felicidad* del uso de la forma para un mensaje específico;
- ii) la coherencia con el contexto más amplio del mensaje sugerido por el contexto inmediato, *habida cuenta de la forma crítica*.

Para rellenar una forma *correctamente* (o sea, de acuerdo con la opción original) es preciso coincidir con el autor en cuanto al mensaje que se quiere transmitir. Pero por mucho que este mensaje *inmediato* venga sugerido por el contexto *mediato*, no tenemos garantía de que los informantes en efecto coincidan con el autor *ni* en cuanto a la idea específica a expresar, *ni* en cuanto a la conveniencia de recurrir para ello a una forma dada.

De ninguna manera podemos esperar, entonces, un cien por ciento de coinci-

dencia de cualquier grupo de hablantes respecto del uso de cualquier forma en cualquier contexto, por el simple hecho de que el uso productivo de la lengua es una actividad creativa, que refleja el (¿libre?) juego de la imaginación. Cuanto más libre la unión entre las diversas partes del discurso, tanto mayor el juego abierto a la imaginación de los informantes, quienes necesariamente pensarán en *otras* posibilidades que *la* idea original: y tanto mayor, en consecuencia, la intrusión de elementos alcaforados en la elección de la forma crítica.

Pero en esto, justamente, radica la fuerza del método: porque el continuo que obtengamos en las respuestas de los informantes a diversos estímulos podrá verse como un reflejo del mayor o menor grado de congruencia entre contexto y forma original. Por ello nos servirá para identificar, de manera objetiva y metodológicamente aceptable, los casos de uso *feliz* (forma bien integrada en su contexto) y uso *inapropiado* (forma *no* motivada por su contexto).

Es evidente de todo lo que precede que el contexto en que se presente la forma a restaurar reviste capital importancia. El uso sometido a prueba debe aparecer no solo en su contexto original, sino en todo el que sea relevante a la elección de la forma. Cuál y cuánto es ese contexto lo determina el análisis que se está sometiendo a prueba: es imposible decir de antemano, y mecánicamente, qué aspectos del contexto son relevantes a la elección de una forma. Resulta obvio que si lo que se está investigando es, por ejemplo, el uso de pretérito definido vs. imperfecto, los aspectos contextuales relevantes no serán los mismos que para la opción entre indicativo y subjuntivo, o para el uso de *le* vs. *lolla*, o para el uso de *sí* vs. *élla*, etc. Pero aún si el tipo de aspecto contextual relevante está determinado por la naturaleza de la oposición, es imposible predecir *dónde* en el contexto se materializará dicho aspecto. En la mayoría de los casos —y sobre todo para los usos centrales de formas gramaticales— el contexto relevante es, por lo general, pequeño e inmediato: lo que puede entrar en la memoria a corto plazo y determinar la primera inferencia inmediata. Y es justamente también este tipo de contexto inmediato que aspiran a formalizar las reglas gramaticales tradicionales.

Pero para los usos marginales no es así: allí se dice algo más, algo que trasciende los límites de la primera inferencia y que, justamente por ese motivo, despierta resonancias en un contexto más amplio (cf. García, 1983). Y es por ello, también que son éstos los usos más interesantes, ya que aquí el hablante exige el máximo de la lengua —mejor dicho, de su interlocutor, quien debe percibir conexiones y relaciones a distancia. Esto es, justamente, lo que nos interesa investigar, ya que aquí se encuentran las fronteras de la co-locación. ¿En qué direcciones y hasta dónde puede estirarse la cuerda (= la imaginación creadora del interlocutor)? ¿Hasta dónde es integrable el valor de una forma?

Pero si en esta operación entra en juego la imaginación, mucho dependerá

también de los informantes mismos, ya que serán ellos quienes interpreten el contexto que determine el mensaje que inspire la opción de la forma (original o no). Ahora bien: no tenemos ninguna garantía de que todos los hablantes nativos sean equivalentes en cuanto a su capacidad inferencial: ni en lo interpretativo, ni en lo productivo. No todo el mundo escribe o habla con igual gracia (*nb. no* con igual corrección), así como tampoco todos los estudiantes de un conservatorio tocan el mismo estudio de Chopin sobre el mismo piano con la misma emoción (cf. Bloomfield, 1917, para el reconocimiento de este hecho por hablantes del *menomini*). Y no es de extrañar que así sea: el uso de la lengua (como el de un instrumento musical) es, fundamentalmente, una operación mental, y los humanos evidentemente se diferencian tanto en ese terreno como en el de otras capacidades.

### 3. Diseño del experimento

Nuestra investigación sobre la naturalidad de ciertos usos de *sí* y *él* en frases preposicionales (cf. García, 1986c, para resultados parciales de este estudio) ha sido efectuada con un doble objetivo:

- i) metodológico: ilustrar y fundamentar teóricamente un instrumento analítico;
- ii) analítico: mostrar cómo los resultados obtenidos apoyan un análisis lingüístico específico.

En esta investigación hemos utilizado dos cuestionarios:

#### *Cuestionario I:*

De un *corpus* de buenos escritores<sup>13</sup> argentinos (Cortázar, Mallea, Sábato, y Martínez Estrada) tomamos diversos pasajes en los que el texto registra:

- i) *sí* utilizado no reflexivamente
- ii) *él* utilizado reflexivamente
- iii) *él* utilizado no reflexivamente, en contextos comparables con aquellos de tipo i)

Con 16 pasajes que ilustran estos tipos de uso confeccionamos un cuestionario presentado a 70 hablantes nativos, oriundos de Argentina, Colombia, Cuba, Chile, España y México. En los pasajes suprimimos las formas críticas (*sí* o *él*) del original. Los informantes debían insertar en los huecos en blanco la forma de tercera persona que les pareciese más adecuada. Para que no resultase demasiado obvio cuáles contextos nos interesaban particularmente, dejamos en blanco también algunos usos no problemáticos de él.

Al analizar los datos resultó evidente que no todos los informantes eran igualmente fiables en cuanto a su identificación de la intención comunicativa del autor, ya que algunos no habían comprendido bien el sentido del pasaje que servía de contexto. Esto se desprendía de la elección de una forma que aludía a un referente inapropiado (con lo que el pasaje resultaba incoherente) y en el hueco crítico, ya en alguno de los otros huecos, que de esta manera se revelaron como medio de contralor de la fiabilidad de los informantes.

Para cada informante tabulamos, entonces, en cuántos de los dieciséis pasajes presentaba algún fallo, contando como tal:

- i) el rellenar un nombre en vez de un pronombre;
- ii) el rellenar un pronombre que apunta a un referente distinto del apuntado por el autor;
- iii) el dejar en blanco el hueco crítico.

Después dividimos a los informantes en tres grupos:

- A. Hasta un pasaje con referencia equivocada o, a lo más, dos huecos en blanco. 15 informantes.
- B. Entre dos y cinco pasajes con algún fallo. 41 informantes.
- C. Seis o más pasajes con fallo. 14 informantes.

Luego tabulamos para cada informante las respuestas a los huecos críticos, marcando:

- i) si había error en cuanto al referente;
- ii) en caso de referencia correcta, si se recurría o no al mismo pronombre que en el original.

Los resultados de esta tabulación confirmaron la división de los informantes en tres grupos, ya que los del A resultaron estar más de acuerdo entre sí que los del grupo B, y éstos, a su vez más que los del grupo C, en cuanto a la forma elegida —fuera ésta la misma que el original o no.

#### Cuestionario II

Los resultados del *Cuestionario I* y, sobre todo, el número no despreciable de informantes (supuestamente cultos) en los grupos B y C nos demostró que es mucho más difícil de lo que habíamos supuesto comprender un pasaje literario lo suficientemente bien como para suplir pronombres omitidos. Decidimos recurrir, entonces, en una segunda tentativa, a informantes nativos avezados a la comprensión de prosa literaria: en México, a los miembros de un seminario de postgrado de la Facultad de Humanidades de la UNAM, y en Caracas a los participantes de un cur-

so de post-grado sobre teoría lingüística, auspiciado por el Instituto de Filología "Andrés Bello" de la Universidad Central de Venezuela.<sup>14</sup> Todos los informantes eran, naturalmente, hablantes nativos de español.

El segundo cuestionario contenía 12 pasajes, 11 de ellos tomados (o ligeramente adaptados) de obras literarias (Sábato, Mallea, Cortázar, Martínez Estrada, Pérez Galdós) y uno procedente del *corpus* de habla culta de Santiago de Chile. En su gran mayoría los doce pasajes ejemplifican usos *marginales* de *sí*. En uno de los pasajes, largo y particularmente complejo, dejamos dos huecos de control, que permitían juzgar (a través de los pronombres insertados) si los informantes habían comprendido mal el pasaje.

Sobre la base de estas respuestas (así como de las propias referencias en los huecos críticos) pudimos identificar a los informantes de tipo A (a lo más un error de referencia o hueco sin rellenar), B (de dos a cuatro fallos) y de tipo C (cinco o más fallos/huecos). En México hubo 17 informantes A, 7 en el grupo B, y un C. En Caracas hubo 13 informantes de tipo A, 6 de tipo B, y 5 de tipo C. Como habíamos esperado, la mayoría de los informantes es perfectamente confiable en cuanto a su comprensión del pasaje. Al tabular las respuestas (forma original o no) observamos que los grupos A y B diferían bastante poco entre sí, aunque por lo general el grupo A registra un mayor porcentaje de coincidencia con el original que el grupo B. Por ser tan reducidos los grupos B decidimos combinar los datos de los grupos A y B, eliminando a los pocos informantes C (así como a cuatro informantes venezolanos que utilizaron formas de *él* exclusivamente); se señalarán las diferencias entre A y B cuando sea pertinente.

#### 4. El análisis

Antes de pasar a la discusión de los datos es necesario que presentemos nuestro análisis de las formas cuyo uso (feliz o no) está en juicio.

En otras ocasiones (García, 1983, 1986a, en prensa) hemos discutido en mayor o menor detalle el valor de los pronombres *sí* y *él*. Una lectura cuidadosa de las gramáticas tradicionales (Bello, 1964: 108; Fernández, 1951:221) —ni qué hablar del uso de estas formas por los mejores escritores— revela que el análisis ortodoxo (Alarcos Llorach, 1970:152; Alcina Franch & Blecua, 1975:589-590; Alonso, 1968:69; Marcos Marín, 1975:189) o sea:

*sí* = TERCERA PERSONA REFLEXIVO PROPOSICIONAL

*él* = TERCERA PERSONA (NO REFLEXIVO)

Está en flagrante contradicción con el uso. Es muy frecuente el uso de *él* para la referencia "reflexiva" (o sea, correferencia con el sujeto de la oración) y, por otra parte, es normal el uso "no reflejo" de *sí*. Está claro que la categoría (básica-

mente configuracional, o lógica) de reflexividad *no* es lo que distingue el uso de estas formas.

Pero tampoco es arbitrario o aleatorio el uso de estas formas.

Si queremos dar cuenta de dicho uso, sin recurrir a la fácil coartada de la "variación estilística" no explicada, hace falta otro análisis.<sup>15</sup>

Si se presta atención a la morfología de estos pronombres, salta a la vista un hecho evidente. *El*, reflejo de *ille* (o sea, un demostrativo) varía en forma según el género y el número del referente. *Sí*, en cambio, es invariable. Por otro parte, la morfología de *sí* es paralela a la de los pronombres de primera y segunda persona: *me/te/se, mí/tí/sí, mí/tu/su*. *El*, en cambio (al igual que los nombres y los demostrativos *este, ese, aquel*) no distingue formalmente entre el uso preposicional y el uso como sujeto, y carece, por entero, de forma posesiva. El análisis más escueto que refleje esta diferencia morfológica sería:

*sí* = TERCERA PERSONA<sup>16</sup>

*él* = DEICTICO: GENERO Y NUMERO.

Ahora bien: esta definición esencialmente morfológica del valor de las formas también explica su explotación sintáctica: *él* es un pronombre deíctico más bien que personal, e identifica entre otros posibles candidatos el referente sobre el cual el hablante desea atraer (mediante la información de género y número) la atención de su interlocutor. *Sí*, en cambio, como pronombre personal, presupone la inmediata identificación de su referente. O sea: la identificación del referente de *sí* no constituye un problema, porque está dada (por definición, como lo está la del referente de *mí* y *tí*) por el discurso mantenido en la situación de habla.

Nuestra hipótesis es, pues, que los referentes de *sí* serán más evidentes, más obvios, más fácilmente aseguibles en el contexto que los de *él* y que, conversamente, los referentes de *él* pueden y deben ser *destacados*. El uso propio de los pronombres sería pues:

Utilice *sí* cuando el referente que tiene en mente es la única posibilidad, porque su interlocutor ya está pensando en él. De lo contrario utilice *él*; y en todo caso utilice *él* cuando desee llamar la atención sobre el referente (sea éste evidente o no).

El valor de nuestro cuestionario —y, en consecuencia, del método experimental seguido— está en que la no coincidencia de los informantes con la opción original del autor nos permite identificar los casos de uso problemático, o sea, inferencialmente difíciles. A través del contexto provisto en el cuestionario debe poder explicarse por qué los informantes se apartan de la opción original: si nuestro análisis es correcto, la solución estará, siempre, en el grado en que los contextos contribuyen (o no) a la inmediata localización del referente.

## 5. Los datos

Comencemos por usos de *sí* y *él* en todo conformes con las normas de la gramática tradicional, citando los pasajes presentados a los informantes:

Cuest. II. 10 b. Res. 533

Fue un horrible, espantoso despoamiento, como un choque de [ella] contra \_\_\_\_\_.

Cuest. II. 12 a MF I-28

Al escribir el *Martín Fierro* libra uno de sus combates políticos, hasta que el personaje creado por \_\_\_\_\_ lo agarra por la espalda, y lo obliga a dar algunos pasos más en la empresa de la reivindicación del gaucho.

Siguen los resultados, en la Tabla 1.

Tabla 1

Respuestas a los pasajes II-10b y II-12a

	II-10b (original: <i>sí</i> )		II-12a (original: <i>él</i> )	
	México	Venezuela	México	Venezuela
Respuesta irrelevante <sup>15</sup>	2	4	-	-
Total utilizable	22	15	24	19
Fallo	7	2	0	0
Referente correcto	15	13	24	19
Forma original	15	11	24	19
%Fallo	32	13	0	0
%original	100	85	100	100

Por tratarse de usos regulares, estos resultados no nos permiten distinguir entre nuestro análisis y el ortodoxo, pero sí sugieren que el recurso a *sí misma* por parte de Mallea en II-10b no es inevitable: dos informantes venezolanos rellenaron *un choque de ella contra ella misma*, por evidente que sea la correferencia. El hecho de que se haya podido apelar a *él* en este contexto corre paralelo con el número sorprendentemente alto (un tercio) de informantes mexicanos que consideraron posible otro referente (*él*, masc.) en este hueco. La posibilidad de una alternativa implícita, justamente, que el referente pensado por Mallea no es, al fin y al cabo, tan obvio como lo presupondría el uso de *sí*.

En II-12a, en cambio, no hay alternativa a *él*: quien crea el personaje es otra

entidad que el personaje mismo a quien se alude en la frase "personaje creado". *Sí* se referiría, justamente, a este referente super-obvio.

Pasamos a usos de *sí* y *él* que contradicen el análisis ortodoxo y en los que, sin embargo, la gran mayoría de los informantes coinciden con el autor:

II-7. FJ 225 (adaptado: original *sí*)

¡Qué cambio en Roberto! Si parecía otro. El mismo notaba que algo se había abierto dentro de \_\_\_\_\_, como se rompe un arca sellada, derramando un mundo de cosas, antes comprimidas y ahogadas.

II-2 Héroes 441 (adaptado: original *él*)

Roberto era lo suficientemente machista y arrogante como para sentirse humillado al sentirse supervisado, ironizado y menospreciado en el plano para \_\_\_\_\_ inaccesible del espíritu de su mujer.

Observamos que en II-7 *sí* técnicamente no es "reflejo", ya que el sujeto de la oración es *algo*, pero la referencia es, transparentemente, a Roberto. En cambio, en II-2 *él* técnicamente sí es reflejo, ya que el pronombre objeto de la preposición *para* debe referirse a Roberto, sujeto sobrentendido del infinitivo *sentirse supervisado*, etc. Los resultados siguen en la Tabla 2.

Tabla 2

Respuestas a los pasajes II-7 y II-2

	II-7 (original: <i>sí</i> )		II-2 (original: <i>él</i> )	
	México	Venezuela	México	Venezuela
Total	24	19	24	19
Fallos	0	0	0	4
Referente correcto	24	19	24	15
Forma original	23	12	20	14
% Fallos	0	0	0	21
% original	96	63	83	93

Entre los dos grupos de informantes se perfila una diferencia: *sí* parece ser menos frecuente entre los caraqueños que entre los mexicanos<sup>17</sup>, pero no obstante *sí* es la respuesta claramente preferida para el pasaje II-7. Los informantes dan la razón, pues, al autor del pasaje e, indirectamente, a nuestro análisis: porque en II-7 Roberto es más obvio, está más en el primer plano de nuestra atención, que en II-2, pese a que aquí la referencia sea refleja. Porque lo que "se abre" en II-7 es parte de Roberto mismo, e inseparable de él. El lugar de la apertura y quien la per-

cibe son uno y lo mismo, o sea, Roberto. Esto compagina bien con el cero por ciento de fallos referenciales: el pasaje es transparente y se presta a solo una interpretación. Roberto no puede estar más dado, y la forma que corresponde (según nuestro análisis, y según los informantes) es *sí*. En cambio en II-2, los participios *ironizado* y *menospreciado* sugieren la presencia de otra persona, que menosprecia a Roberto; el "plano" en que esto ocurre (o sea, el espíritu de la mujer de Roberto) es muy distinto de Roberto mismo, y por ello es natural que se distinga al uno del otro mediante el recurso al déictico.

Pero no todos los usos heterodoxos de *sí* y *él* son igualmente felices. Comencemos por dos casos claramente marginales y sin embargo comprensibles, ambos con *sí* en el original:

II-3 Res. 98 (adaptado)

Con el pasar de los años, con la soltería, con la aridez ininterrumpida, se le fue borrando del rostro la última luz de ternura. Minuto tras minuto Ana se miraba en los espejos, y el horror aparecía antes que todo otro rasgo. Y ese horror a no descubrir, a que nadie descubriera, ya, lo que en el alma escondía, se le volvió acibarado filtro contra \_\_\_\_\_, espanto primero, luego cólera, después rencor.

II-12b. MF I-28

Al escribir el *Martín Fierro* libra uno de sus combates políticos, hasta que el personaje creado por él lo agarra por la espalda, y lo obliga a dar algunos pasos más en la empresa de la reivindicación del gaucho. Algunos pasos más, a la fuerza. Hernández ha creado un ente rebelde, le ha dado un alma libertaria, y en la gestación hay mucho de doloroso porque *Martín Fierro* es un hijo engendrado con violencia para \_\_\_\_\_.

El pasaje II-3 es comparable, en cierto modo, al II-7: en II-3 todo tiene que ver con Ana, ya que el "filtro acibarado" es la ternura reprimida que ella siente y que se le convierte en amargura. No hay otra persona en juego, y desde este punto de vista el uso de *sí* por Mallea está justificado. Pero lo está menos que en el caso II-7, porque en este último Roberto se identifica con lo que se abre en él, mientras que en II-3 Ana rechaza con horror el filtro acibarado, que por lo tanto tiene que diferenciarse de Ana misma.

Sería de esperar, entonces, que el porcentaje de coincidencia con la opción original fuese menos en II-3 que en II-7, y esto es en efecto<sup>18</sup> lo que se ve en la Tabla 3.



Tabla 3  
Respuesta al pasaje II-3

	México	Venezuela
Total	24	19
Fallos	6	2
Referente correcto	18	17
Forma original	12	9
% Fallos	25	11
% original	67	53

El porcentaje de fallos referenciales es mayor en II-3 que en II-7, y, correspondientemente, menor el porcentaje de *sí*. Cuanto más difícil se hace la identificación del referente —cuanto menos éste salta a la vista— tanto menos apropiado el recurrir a *sí*.

En II-12b, nuevamente, el *sí* usado por Martínez Estrada es heterodoxo, ya que el sujeto de la oración es Martín Fierro, mientras que —sobre todo en vista del contexto precedente (“en la gestación hay mucho de doloroso”)— la frase “con violencia” sugiere al progenitor más bien que al hijo como referente del pronombre. Pero el pasaje es difícil, y tanto el progenitor como el hijo podrían verse como referentes tanto de *sí* como de *él*: motivos encontrados ponen en primer plano ya a Hernández, ya a Martín Fierro. Por eso decidimos asegurarnos en cuanto al referente que tenían en mente los informantes al rellenar este hueco, agregando al cuestionario una pregunta explícita al respecto. Solo 7 de los informantes mexicanos respondieron a esta pregunta, todos con *Hernández* (de ellos, 5 usaron *sí*, 2 *él*); 13 venezolanos respondieron, 12 con *Hernández*, 1 con *Martín Fierro* (contado, naturalmente, como fallo), y de los 12 informantes que explicitaron *Hernández* como referente de la forma crítica, 6 recurrieron a *sí*. Los informantes confirmaron, pues, nuestra propia intuición de que *Hernández* es el referente (relativamente más) “dado” en el contexto.<sup>19</sup>

Pero la presencia en el contexto inmediato del “hijo” *Martín Fierro* —que para peor es sujeto de la cláusula— hace muy difícil que *Hernández* pueda ser la *única* tercera persona en quien se piensa, status ideal del referente de *sí*. Por ello no sería de sorprender que también aquí el porcentaje de *sí* fuese menor que para el pasaje II-7. Así es como lo muestra la Tabla 4.

Tabla 4  
Respuesta al pasaje II-12b

	México	Venezuela
Total	24	19
Fallos	4	1
Referente correcto	20	18
Forma original	14	9
% Fallos	17	5
% original	70	50

En la Tabla 5 reunimos los resultados para los tres pasajes con *sí* heterodoxo en el original.

Tabla 5  
Respuestas a tres pasajes

	México			Venezuela		
	II-7	II-3	II-12b	II-7	II-3	II-12b
% Fallos	0	25	17	0	11	5
% original	96	67	70	63	53	50

Pese a que el nivel de uso de *sí* sea distinto para mexicanos y caraqueños, las diferencias relativas son claramente semejantes: en ambos países II-7 tiene el mayor porcentaje de *sí*; en II-3 y II-12b se plantea el mismo tipo de conflicto en el contexto, y por consiguiente, aparecen fallos referenciales y cae el porcentaje de *sí* aún en los casos de referencia correcta.

Desde un punto de vista configuracional/tradicional, los tres usos originales son igualmente heterodoxos y agramaticales. Pero para nuestros informantes mexicanos hay menos diferencia entre el uso ortodoxo de II-10b (100% *sí*) y II-7, que entre II-7 y II-3/II-12b. Si *vox populi* es efectivamente la voz de la lengua, algo falla en el análisis tradicional de *sí*.

Esto lo sugieren también las respuestas a ciertos pasajes de nuestro *Cuestionario I* con *él* original, que pasamos a discutir. Consideraremos sucesivamente dos pares de pasajes.

## I-4 Red 123

Yo creo que ella me odiaba. Al revés, le profesaba yo un cariño vergonzante, morgánico, segundo, sobre el que planeaba mi figura impoluta de hombre íntegro, la figura de mi imagen, de ser puro, ideal, pensado, hecho. Yo creo que me odiaba sin poder escapar a la atracción que sobre [ella] ejercía, ni poder cambiar ya de destino, con su voz gastada, su técnica caída, su abandono presente al tono amargo de una solitaria ya no poderosa. No quiero dar la idea a mi memoria de que Vira disimulaba en su beldad la débil naturaleza de una infeliz; era inteligente, pero su carácter, de una ductilidad esponjosa, se dejaba captar en todas las trampas de la vida que le mostraran al primer momento la menor debilidad por \_\_\_\_\_. Como una planta que se tragara a cuanto descendiera a olerla u observarla, se apoderaba de lo que la admiraba, quedando a su vez presa en ello.

## I-8 Manuel 247

Francine ha sido siempre así, cuando la llamo vieja camarada le doy el nombre más dulce, precisamente el que la irrita porque si términos como amante o querida ya no se usan en francés, son el fondo lo que [ella] quisiera entender entre líneas cuando le hablo y la nombro, y desde luego somos amantes pero creo que solo la alcanzo en lo mejor de \_\_\_\_\_. (¿o de mí? Cuidado con los egoísmos camuflados) cuando pasan cosas como esta noche, cuando estoy mojado de tiempo, hueco de toda meta...

Estos pasajes tienen en común que la frase preposicional está agrupada, en ambos casos, con un sustantivo. En ambos pasajes, también, el referente del pronombre es otro que el sujeto relevante (*trampas* en I-4, y *yo* en I-8). Pero los dos pasajes difieren en que en I-4 el referente del pronombre es la misma persona que *le* (o sea Vira), y en I-8 que *la* (=Francine). Además, la preposición es otra: *por* en I-4, *de* en I-8. Veremos que estas diferencias influyen sobre el grado de prominencia contextual de los dos referentes.

En I-4 Vira (rol: Dativo) es uno de los tres participantes en el evento de *mostrar*: los otros dos son las trampas (sujeto) y la menor debilidad (objeto "directo" del verbo). Además, Vira es alguien claramente distinto de la debilidad que (otra persona) pueda mostrar por ella; y *por* es una preposición que, justamente, sugiere tal diferenciación entre personas. En I-8, en cambio, Francine (rol: Acusativo) solo se opone —directamente— al sujeto y, además, su relación con el "locativo" *lo mejor* es de identificación (cf. el uso de *de* en expresiones como "el necio de Juan").

El mero número de entidades participantes en los respectivos eventos sugiere que en el caso de I-4 hay más necesidad de distinguir a uno entre otros que en el de I-8. Pero hay más: lo que parece corresponder a la terminología tradicional de objeto "directo" vs. "indirecto" es el *proceso inferencial* que establece la relación del participante en cuestión con el evento: hay indicaciones de que en efecto el

"objeto directo" es el primero que se integra semánticamente con el verbo (García, 1975:461, 501,98-102). Aún más interesante es el hecho de que influye sobre el uso de *sí* y *él* con referencia al *sujeto* de la oración la presencia en la misma de un objeto directo o indirecto: un objeto directo, justamente por su rol central en el proceso inferencial (segundo solo al sujeto) le echa más sombra al sujeto que un objeto *indirecto*, y por ello desfavorece el uso de *sí* para la referencia "reflexiva" (cf. García, en prensa).

Sería de esperar, entonces, que si los informantes se apartan de la elección original del autor (*él* en ambos pasajes) esto habría de ocurrir más en I-8 que en I-4, ya que en I-8 Francine está contextualmente más dada de lo que lo está Vira en I-4. Y en efecto es así, como lo demuestran los datos de la Tabla 6:

Tabla 6  
Respuestas a los pasajes I-4 y I-8 (él original)

Grupo	I-4 Vira (referente contextualmente menos prominente)		I-8 Francine (referente más prominente)	
	% fallo	% original	% fallo	% original
A	13	71	0	31
B	24	75	5	46
C	59	71	12	47

Los datos confirman nuestro análisis de los pasajes: en el I-4 el porcentaje de fallos referenciales es mucho más alto —en los tres grupos— que en el I-8, lo que demuestra que Vira no es, tan evidentemente, lo único que viene a la mente en este contexto. Corresponde, por lo tanto, recurrir a *él* más bien que a *sí*, y en efecto, la mayoría de las respuestas son *él*. En cambio en I-8, donde Francine ocupa desde el principio la atención del lector, está identificada con "lo mejor" y, finalmente, es el objeto "directo" de *alcanzo*, un *sí* es mucho más admisible, por agramatical que sea según el análisis tradicional.

Veamos ahora otros dos casos de *él* en que, por tratarse de referencia reflexiva, *sí* debería ser igualmente apropiado en ambos casos (al menos según el análisis ortodoxo).

## I-10 Héroes 28 (adaptado)

Y un pajarito... anda a saltitos... buscando... algún gusanito de interés alimenticio para \_\_\_\_\_ o para sus pichones.

## I-14. Res. 313

Era mi grande y presagioso respeto, mi vaga adivinación, una presciente, extrañísima sapiencia, una rara, lejanísima tristeza por mí y por [ella] misma —qué sé yo: tal vez

por el mundo y por sus criaturas—, lo que me hacía ver su sobreestimación de aquel otro sobre mí como una rara y fatal condenación, como un destino, como algo mandado por encima de [ella] o aún de mí, pero para aniquilarla. Y esa misma compasión sin límites ni tregua que me daban los niños solo con mirarlos me lo daba aquella Eugenia de cuello infantil y ojos tan chicos, de modo tan infinitamente atento, y tan lejano de las felicidades de \_\_\_\_\_ misma. Nada, en suma, tenía que hacer mi amor propio viril, mi arrogancia ni mi brío, con aquel caso apiadable.

Está claro que en ambos casos el pronombre (una forma de *él* en el original) se refiere al sujeto del verbo —al *pajarito* en I-10, a *Eugenia* en I-14. También en ambos casos la frase preposicional está agrupada con una frase nominal: *interés alimenticio* en I-10 y *felicidades* en I-14. Pero en el caso de I-10 la frase preposicional en cuestión está explícitamente contrapuesta por la conjunción *o* a otra frase preposicional, con lo que quedan contrastados el referente *pajarito* y sus *pichones*. No hay tal contraste ni contraposición en el caso de I-14, donde la descripción de Eugenia está concentrada en ella. Por ello deberíamos esperar más *él* en I-10 que en I-14, y en efecto es esto lo que nos dieron los informantes, como se desprende de la tabla 7.

Tabla 7  
Respuesta a los pasajes I-10 y I-14 (original *él*)

Grupo	I-10 (referente menos prominente)		I-14 (referente más prominente)	
	% fallo	% original	% fallo	% original
A	0	81	0	19
B	0	81	0	49
C	0	59	0	12

Resulta muy curiosa la coincidencia en I-14 de los grupos A y C, que prefieren *si* en igual medida. Normalmente es el grupo B el que se parece ya a A, ya a C, constituyendo los tres grupos un continuo. No sabemos a qué atribuir este desvío de la norma.

Los resultados discutidos hasta ahora nos demuestran que:

- i) las respuestas de los informantes no son arbitrarias, sino que siguen una lógica y consecuencia internas: México usa *si* más que Caracas; en el *Cuestionario I* los grupos ABC se ordenan según una clara jerarquía de preferencia por la forma original (salvo en el caso de I-14); el porcentaje de fallos en la identificación del referente está, por lo general, inversamente correlacionado con el porcentaje de *si*;
- ii) la preferencia por *si* o por *él* refleja no el rol configuracional del referente en la construcción sintáctica, sino la *prominencia que le da el contexto*.

Lo que está en juego, pues, es una categoría semántico-pragmática, y no algo sintáctico-configuracional como lo es, por definición, la "reflexividad". Los datos nos demuestran, además, que esta categoría semántica no es absoluta: la coincidencia con la opción del autor rara vez es total. Pero esto justamente es lo que debemos esperar si el uso de *si* vs. *él* responde a una evaluación del grado de prominencia del referente en el discurso, ya que esta evaluación es necesariamente subjetiva y constituye, esencialmente, una operación mental, en la que pesan (de modo diverso) diversos factores. Pero no por ser subjetiva es, necesariamente, arbitraria: como vimos, cuando los informantes están en desacuerdo con el autor, el desacuerdo es explicable.

¿Qué pensar, entonces, de los casos en que los informantes desautorizan, por completo, la elección original? El caso más patente de desacuerdo es el pasaje I-14, donde *él* es la respuesta minoritaria del grupo A y (en menor grado) el pasaje I-8, donde el grupo A solo registra el 31% de coincidencia con el pronombre original. Quizá haya influido en el alto porcentaje de *si* para el I-14 el *misma* que aparece junto al hueco crítico: en I-8 no hay *misma* y es más alto, también, el porcentaje de *él*<sup>20</sup>; por otra parte, los informantes A que rellenaron *si* casi nunca agregaron *misma* en I-8.

Es bien posible que la presencia de *mismo* constituya un factor que favorezca el recurso a *si*, dada la frecuente combinación de las dos formas, pero, en ese caso, la respuesta de los informantes en efecto revela una cierta incongruencia en la prosa de Mallea: Eugenia es demasiado prominente en el contexto (local) para que —sobre todo cuando se recalca su identidad mediante el agregado de *misma*— se rehuya el uso de *si*, pronombre que llanamente reflejaría dicha prominencia.

Volvemos ahora a pasajes con *si* original para ver si las respuestas de los informantes nos permiten identificar usos no ya difíciles sino francamente inapropiados, o sea, casos en que los informantes desautorizan la elección original:

#### II-9 FJ 228

La mirada del joven revoloteó por el cuarto estrecho, como si siguiera las curvas del vuelo de una mosca, y así fue de la mesa a la percha de la que colgaban aquellos moldes de \_\_\_\_\_, su ropa, su chaqueta, que reproducía su cuerpo, y sus pantalones, que eran sus propias piernas, colgadas como para que se estiraran.

#### II-11. MF I-27

Tenemos otra imagen de Hernández, en una fotografía tomada de espaldas. Responde a una ocurrencia altamente significativa: quiere entregar a su novia su figura completa, en anverso y reverso. Su retrato de espaldas nos da, psicológicamente, una imagen insospechada de la otra parte de \_\_\_\_\_ que no conocemos.

#### II-1 Chile pág. 136, I 395

El Brasil es un país que da la impresión de crecer en una forma vertiginosa, extraor-

dinaria, pero, al mismo tiempo, con una agresividad increíble, que lo hace a uno sentirse parte de \_\_\_\_\_. Es el caso de una ameba que te integra a su cuerpo.

Resulta evidente que los respectivos referentes (*el joven* en II-9, *Hernández* en II-11, y *el Brasil* en II-1) no vienen inevitablemente al pensamiento cuando se llega al hueco: en estos tres pasajes la identificación del antecedente exige una búsqueda mental. Lo confirman las respuestas de los informantes, consignadas en la Tabla 8.

Tabla 8  
Respuesta a tres pasajes con *sí* original

	México			Venezuela		
	II-9	II-11	II-1	II-9	II-11	II-1
Total	24	24	24	19	19	19
Fallos	5	3	2	5	0	1
Referente correcto	19	21	22	14	19	18
Forma original	9	2	1	7	1	0
% fallos	21	13	8	26	0	5
% original	47	10	5	50	5	0

Comencemos por ver dónde está la dificultad en cada caso.

En II-9 hay que ir de *moldes* a la idea de ropa, y de allí al portador de la misma. La distribución de estas entidades a lo largo del contexto que precede el hueco no contribuye a la fácil identificación del referente, ya que lo que llega a los *moldes* es la mirada del joven, que vuela por el cuarto como una mosca. No hay, por otra parte, motivo para identificar a los *moldes* con su portador: la situación es muy distinta de la que tenemos en II-7, donde el *algo* que se abría, y la apertura misma, son Roberto. En términos de nuestro análisis, entonces, el uso de *sí* (en vez de *él*) por Pérez Galdós en II-9 no es tan apropiado como lo es en II-7. La búsqueda del referente a que nos obliga el contexto de II-9 está reñida con lo que presupone el valor de *sí*, o sea, el carácter contextualmente dado del referente.

Exactamente el mismo problema se plantea en II-11, donde Hernández (a quien Martínez Estrada se refiere con *sí mismo*) está oculto en el *su* que precede a *retrato*. Para llegar inferencialmente a *su* hay que pasar por *la otra parte, una imagen insospechada, y un retrato de espaldas*. Son muchas las entidades —todas ellas distintas— que median entre una y otra referencia a Hernández.

Ahora bien: tanto en México como en Caracas los informantes distinguieron claramente el caso de II-9, donde *sí* es al menos una posibilidad, del de II-11, donde está excluido. ¿Cómo se explica esta diferencia de respuesta? En II-9, pese a todas las infelicidades estilísticas de Pérez Galdós, está claro que los *moldes* (= la ropa) *corresponden* al joven: el contexto que sigue afirma, en efecto, que su chaqueta *reproducía su cuerpo*, y que sus pantalones *eran sus propias piernas*. Además, todo el pasaje está concebido desde la perspectiva del referente: tenemos una visión "interna" del evento, recalcada por la frase "la mirada del joven". El núcleo del mensaje viene a ser, entonces: "al ver su ropa colgada en la percha el joven se veía a sí mismo".

Pero en el caso de II-11 se trata de la *otra* parte de Hernández, la que nos sugiere la insólita fotografía tomada de espaldas. En este caso la visión de Hernández es externa a él mismo: son otros quienes lo ven, a través de su fotografía. Y para peor, hay dos Hernández: el uno (el que creíamos conocer) y el otro, cuya existencia (nos damos cuenta) no habíamos sospechado. Se trata de un contraste en el terreno crítico de la identidad misma del referente. Hacer uso de *sí mismo* en este contexto raya, entonces, en la burla: ¿cómo decir *sí mismo* cuando al mismo tiempo se afirma explícitamente que Hernández *no* está dado en la situación?

El caso de II-1 es peor aún. Uno podría suponer que uno se siente parte de *sí mismo* (o sea, de uno), tanto como del Brasil. La primera interpretación (la más coherente con el valor de *sí*) es, empero, incongruente dado el contexto. No es hasta la oración siguiente, donde se establece la comparación entre el Brasil y una ameba, que resulta clara la idea del hablante y uno se da cuenta de que la agresividad del Brasil debe entenderse como antropofágica. Que el contexto aclarante siga es lo más contrapuesto a "situacionalmente dado" que pueda imaginarse. El uso de *sí* se explica, justamente, por la imagen que el hablante debe haber formulado al llegar a la frase final de la primera oración, pero desde el punto de vista comunicativo, donde lo normal es que la situación esté mutuamente dada, el uso de *sí* es francamente desdichado. Moraleja: no debe hablarse así si se pretende ser comprendido fácilmente, ni tampoco escribir como lo hizo Martínez Estrada en II-11.

## 6. Discusión final

La sistematicidad de las respuestas observadas —que nos permite ordenar diversos pasajes (por ejemplo, II-7, 3,9,11) en un continuo de prominencia contextual del referente— tiene innegables implicaciones teóricas: si la lengua funciona como hemos afirmado, y si con el análisis lingüístico se pretende dar cuenta del uso de la lengua, se sigue que el tipo de categoría analítica comúnmente aceptada

(o sea, integrable en un análisis formal) nunca podrá tener éxito, por ser inherentemente irreconciliable con la dinámica propia del proceso inferencial. Hace falta otro tipo de categoría (no configuracional, no formal, y en cambio sí relacionable con contenidos y sustancias semántico-pragmáticas) y otros modos de razonar (que tomen en cuenta la lógica natural subconsciente con que los seres humanos estructuran sus percepciones). Hemos tratado de mostrar cómo, quizá, se podría llevar a cabo tal tipo de análisis.<sup>21</sup>

Esto no deja, empero, de ser una conclusión meramente negativa, y sería sin duda deseable contribuir algo positivo a nuestro entendimiento del funcionar de la lengua. Lo que sigue no es necesariamente positivo, pero sí es la lección más importante que hemos derivado de nuestro experimento: la fragilidad del instrumento del que nos hemos valido.

No cabe duda de que, en sí, el procedimiento es utilizable, y de que los principios sobre los que descansa son los mismos en que se apoya la lengua misma. Pero también está muy claro que el procedimiento seguido ha entrañado un constante juego con *dos* incógnitas. La primera, la que nos interesa como analistas, y que hemos discutido a lo largo del trabajo, es la felicidad de un uso determinado: ¿es comunicativamente apropiado el uso de *sí* (o *él*) en tal pasaje específico?

Pero, como hemos señalado reiteradamente, esta pregunta presupone, necesariamente, una intención comunicativa dada: la felicidad del uso de una forma solo puede juzgarse en relación a la intención comunicativa original y, en principio, esta intención no la podemos explicitar de otra o mejor manera que recurriendo a la forma original. Si se formulan así las cosas caemos en la circularidad más perfecta ya que, por definición, todo uso de cualquier forma es apropiado para decir lo que justamente dice.

La única escapatoria de esta circularidad es suponer que la (o una) intención comunicativa es conocible *independientemente de su expresión* —lo que presupone la posibilidad de formularla, o describirla, de otra manera que mediante la expresión original. Pero ¿cuál? ¿dónde está la lengua universal del pensamiento que nos permite expresar lo que solo podemos articular en un lenguaje determinado?

Evidentemente nos amenaza otro círculo vicioso: de Escila hemos caído en Caribdis. Para evitar ambos escollos hemos apelado a la *coherencia (con)textual*, suponiendo (como creemos que también suponen todos los hablantes de todas las lenguas) que en un contexto dado un mensaje determinado (que no podemos explicitar sin recurrir a formas lingüísticas) es el único posible o, por lo menos, el más probable.

O sea: hemos buscado el contralor *independiente* del mensaje particular en el contexto, que lo define, en el sentido más literal de la palabra. El contexto *determina*: solo delimita, probabilísticamente, los confines de un mensaje más o

menos congruente.

Es por ello que no solo podemos sino que debemos recurrir a una variedad de informantes, confiando en que la coincidencia entre ellos revele la intención comunicativa más *probable* para el contexto original, o sea, una aproximación probabilística a la intención comunicativa original del autor. Pero naturalmente no tenemos ninguna manera de comprobar, objetivamente, la *identidad* de intenciones comunicativas: ni entre autor e informantes, ni entre cualquier hablante y su oyente.

La prueba más clara de ello nos la da nuestro propio instrumento experimental, con casos en que la discrepancia entre autor e informantes se debe a un fallo de éstos y no de aquel. Veamos para ello dos pasajes en que el original contiene *sí mismo* (¡por supuesto *agramatical!*) cuyo uso es, sin embargo, totalmente justificable:

*II-10a. Res. 533 (adaptado)*

Más tarde recordaría esa mañana en que su marido había salido por última vez, camino al mar, los pequeños incidentes de una despedida que ella no reconoció entonces como tal. Le extrañó a ella que la besara, casi de prisa; y luego recordaría que se quedó mirándolo, como lo había mirado tantas veces, indecisa o insegura de su propia intuición, mientras él se alejaba playa arriba por la gran sabana de arena. Recordaría también la extraña sensación de ausencia, de soledad increíble, que más tarde, en forma antinatural y súbita, se apoderó de ella. Fue casi como un sobrecogimiento: iba con un florero hacia la escalera y sintió de lleno esa especie de inmenso despoblamiento que la traspasaba. Fue un horrible, espantoso despoblamiento, como un choque de \_\_\_\_\_ contra [sí misma].

*I-13 Oct. 123*

De manera que la osezna lo sentía vivo a pesar de, más vivo que los de su edad, los cadáveres de la película de Romero y quién sería ése debajo del flequillo donde el pequeño teatro resbalaba ahora húmedo hacia el sueño, los ojos entornados y mirándola, tomarla dulcemente una vez más, sintiéndola y dejándola a la vez, escuchar su ronrón de protesta a medias[...] Entonces ni siquiera así, ni siquiera en el amor se abolía ese espejo hacia atrás, el viejo retrato de \_\_\_\_\_ joven que Lina le ponía por delante acariciándolo y Schepp y durmámonos ya y otro poquito de agua por favor...

No cabe duda de que el uso de *sí mismo* en estos pasajes es más que margi-

nal : la única expresión que cabe es *forzado*. Es lo que pensaron nuestros informantes, como lo revelan los datos de la Tabla 9:

Tabla 9  
Respuesta a dos pasajes con sí original

II-10a			II-13		
	México	Venezuela	Grupo	% fallos	% original
Total	24	19	A	31	18
Fallos	5	5	B	57	19
Referente correcto	19	14	C	76	25
Forma original	2	0			
% fallo	29	26			
% original	11	0			

Y sin embargo los *sí* están plenamente justificados. Esto es fácil de ver en el caso de II-10a, adaptado de Res. 553. Mallea describe la intuición súbita que tiene la protagonista (Elba) de la muerte de su marido (Augusto) que se ha suicidado arrojándose al mar. El mensaje transmitido es esencial y necesariamente contradictorio, ya que se describe un choque interno: la Elba que existe gracias a su conciencia de la existencia de Augusto se escinde súbitamente de la Elba básica, restante.

Lo terrible del choque se percibe tanto mejor cuanto más inesperado éste: y para sugerir lo íntimo del conflicto es preciso identificar lo más estrechamente posible las dos partes que se separan para siempre. De ahí que Mallea haya recurrido dos veces a *sí*, escribiendo *un choque de sí contra sí misma*. La tensión del doble *sí* recrea, en el lector, el desgarramiento experimentado por Elba, y marca el clímax dramático del cuento.

¿Por qué no lo advirtieron nuestros informantes? En primer lugar, seguramente, por no tener todo el contexto a la mano. Cuanto más sutil (o sea difícil) un mensaje, tanto más extenso (y por lo tanto remoto) el contexto relevante. Mallea tenía todo el contexto (el cuento íntegro) en mente al escribir su *de sí* de II-10a. Nosotros proporcionamos a los informantes solo parte del relato, del que quizá no se desprenda, con la necesaria claridad, el suicidio de Augusto ni, mucho menos, sus terribles consecuencias para Elba, a las que se alude solo en el último párrafo del relato.

Pero aún entendiéndose la situación general, no tiene por qué seguirse que to-

do informante experimentará la necesidad de representarla con una intensidad dramática igual a la del original. Podemos esperar coincidencia más o menos general en cuanto a los "hechos" —es eso lo que se entiende generalmente por "entenderse"— pero la *valoración* de éstos, como se los percibe emotivamente, es algo necesariamente subjetivo. Y es a una evaluación subjetiva que responde el *sí* —francamente magistral— de Mallea.

Se sigue de lo dicho que la lectura de un texto no es pasiva sino, por el contrario, una operación activa, en la que se *construye* un sentido. Distintos lectores, por lo tanto, necesariamente perciben distintos mensajes coherentes. No por nada Cortázar fulmina contra los lectores-hembra (pasivos) (Cortázar, 1973:453) e intenta

un texto que no agarre al lector pero que lo vuelva obligadamente cómplice al murmurarle, por debajo del desarrollo convencional, otros rumbos más esotéricos.

El hallazgo de esos rumbos será la consecuencia de un esfuerzo (inferencial) activo del lector —cómplice del autor en la construcción del sentido del texto. Es para tales lectores que está escrito tanto el pasaje I-13 (Oct. 123) como el relato del que fue tomado. No traicionaremos la memoria —ni la causa— de Cortázar proponiendo nuestra lectura del pasaje, o nuestra justificación de su *sí mismo*. Este pasaje puede quedar como ejercicio para el lector de este estudio—alegato, y como prueba de que lengua, estilo y uso comunicativo es todo uno: un espíritu vivo, y nunca letra muerta.

Pero a nosotros, como lingüistas, nos queda una espina: la comprobación de que idéntico resultado (0% de *sí*) constituye, en un caso (II-11, [MF I-27]) una reprobación del autor, que escribe mal, pero en otro (I-10 [res. 533]) una reprobación de los informantes, que no perciben todas las implicaciones del contexto.

Nuestra herramienta no nos da, entonces, una respuesta segura a la primera incógnita (¿es apropiado el uso de esta forma?) porque no tenemos manera de eliminar la segunda incógnita (¿cuál es, exactamente, el mensaje que se está transmitiendo con ayuda de esta forma?) ¡Evidentemente necesitaríamos *otro* instrumento que nos permitiese juzgar la coherencia de todo el mensaje transmitido!

El riesgo de una regresión infinita nos sugiere que las dos, tres, etc. incógnitas en juego no son, en el fondo, sino siempre una y la misma. O sea: no se puede dissociar la "felicidad" del uso de la forma de la sustancia concreta del mensaje sugerido por el uso de dicha forma, y esta sustancia es imposible de explicitar y definir nítidamente.

Termina por asaltarnos la sospecha de que Firth llevaba muchísima razón cuando comparó la lengua con una serpiente que se muerde la cola. La circularidad (¡virtuosa!) que parece encerrar la comunicación humana se nos convierte en un torbellino alucinante: toda tentativa de objetivación nos lanza, con fuerza cada vez

mayor, al reconocimiento de su (¿intrínseca?) subjetividad.

Se impone la conclusión de que el estudio de la lengua nunca podrá llegar a ser una *ciencia* en el sentido deseado por Lass (1980:151-172). Pero esto no es necesariamente un mal, si consideramos las implicaciones prácticas de tal hecho: si solo podemos saberlo cuando no nos entendemos, y nunca podemos saber si nos entendemos, la realidad palmaria de la comunicación lingüística solo puede atribuirse a un reiterado y empecinado acto de fe, tan espléndido cuan natural e inconsciente, cuya significación trasciende incluso esa toma de conciencia que constituye la mente humana.

### Corpus

- Chile* Rabanales, Ambrosio y Contreras L. (eds.). 1979. *El habla culta de Santiago de Chile. Tomo I*. Santiago: Fac. de Filosofía y Letras.
- FJ* Pérez Galdós, Benito. 1952. *Fortunata y Jacinta*. Buenos Aires: Espasa Calpe (Austral).
- Héroes* Sábato, Ernesto. 1970. *Sobre héroes y tumbas*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Manuel* Cortázar, Julio. 1977. *Libro de Manuel*. Barcelona: Edhasa.
- MFI* Martínez Estrada, Ezequiel. 1948. *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Vol. I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Oct.* Cortázar, Julio. 1975. *Octaedro*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Red* Mallea, Eduardo. 1970. *La Red*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Res* Mallea, Eduardo. 1970. *El Resentimiento*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.

### Notas

\* Agradezco a R. de Jonge y a F.V. Putte sus comentarios a una versión anterior de este trabajo.

<sup>1</sup> Quizá no sea obra del azar que en Chomsky (1982) falte, en el índice de materias, una entrada para *grammaticality*.

<sup>2</sup> Es a la explicitación de este criterio que estaban dirigidos, en el fondo, aunque de manera implícita y confusa, los *discovery procedures* de los estructuralistas de Yale.

<sup>3</sup> Aunque ni siquiera esto está dado por la intuición de los nativos, como lo prueban los préstamos (más o menos adaptados) de otras lenguas.

<sup>4</sup> Son muchos los lingüistas que han insistido en este punto; se destacan, sobre todo, Coseriu (1973:44-51 *et pass.*) y Lüdtke (1980). Lo que desgraciadamente no abundan son análisis específicos de problemas concretos que demuestren cómo se puede aprehender, en categorías reconocibles e impugnables, el proteico y fluido uso lingüístico.

<sup>5</sup> Sperber & Wilson (1986:224-243) discuten también, con interesantes observaciones, el problema de los mensajes de *doble fondo* —que quizá deberían denominarse, más bien, de *doble acción*— en que la percepción del mensaje a un nivel es prerequisite para la percepción de un mensaje (y sucesivamente) para lo que, por supuesto, es necesario que entre en

juego información no tomada en cuenta en el primer nivel, y que solo se hace pertinente en el segundo, etc.

<sup>6</sup> García (1986) discute brevemente las diversas alternativas (circularidad, falsedad, vacuidad) abiertas al análisis tradicional en términos de "reflexividad".

<sup>7</sup> Posner (1980) presenta una interesante discusión del orden de los adjetivos en la frase nominal alemana en términos que responden, básicamente, a la relativa simplicidad de la integración inferencial del adjetivo con el sustantivo base de la frase.

<sup>8</sup> Este consenso se refleja, entre otras cosas, en la frecuencia relativa de uso de diversas formas para un determinado contenido comunicativo. Chomsky erra gravemente cuando afirma (1957:16-17) la irrelevancia de este fenómeno, y supone que la *gramaticalidad* de una expresión es totalmente independiente de su frecuencia de uso. Esta idealización sigue el modelo de las ciencias exactas: no cabe duda de que según el cálculo de probabilidades una moneda sigue teniendo 1/2 de probabilidad de caer cara después de haber caído ceca diez millones de veces seguidas. Las monedas reales, empero, después de caer ceca diez millones de veces seguidas ya no son la misma moneda que al principio, porque se han gastado de forma despareja. Lo mismo ocurre con las lenguas, donde la frecuencia de uso de una forma afecta crucialmente lo que puede aprender la próxima generación, y, a través de tal aprendizaje, la gramática *siguiente* (cf. Haiman, 1985:260-261; García, por aparecer).

<sup>9</sup> Agradezco a B.R. Lavandera el haberme alertado en 1969 a la existencia de este "método", al que no he dejado de recurrir.

<sup>10</sup> Joos (1972) discute, fundamentalmente, la motivación teórica del procedimiento.

<sup>11</sup> Suponer otra cosa sería renunciar a la necesidad de coherencia en la comunicación: el uso de unas formas lingüísticas sería *arbitrario* respecto de la elección de otras formas, y ni *forma crítica* ni contexto tendrían por qué ser indicios fidedignos de la intención informativa del hablante. Puesto que todas las formas pueden sucesivamente ser vistas como críticas (Joos, 1972), ninguna puede ser *arbitraria* en su contexto. O sea que la coherencia, la comunicabilidad misma del mensaje, garantiza que el uso de una forma esté, necesariamente, reforzado y respaldado por el de las restantes.

<sup>12</sup> El tipo de tarea que asignamos a los informantes es mucho más natural que el emitir juicios de aceptabilidad, ya que interpretar expresiones lingüísticas (la comprensión del contexto) y producirlas (al optar por una forma dada en el hueco a rellenar) son operaciones mentales que se practican diariamente.

<sup>13</sup> Hemos recurrido a pasajes literarios por dos motivos:

i) los usos marginales de *sí* se dan, sobre todo, en lengua escrita;

ii) la propia naturaleza del canal comunicativo (escrito, sin contacto entre interlocutores) exige y también garantiza la auto-suficiencia de la expresión lingüística, o sea la efectividad del contexto en la delimitación del mensaje en cuestión. También nos permite ofrecer a los informantes un estímulo controladamente constante.

<sup>14</sup> Agradecemos muy sinceramente a los estudiantes de estos seminarios su participación en el experimento, así como a los colegas Drs. Antonio Alcalá Alba y Paola Bentivoglio el habernos facilitado el acceso a los informantes. Finalmente, queremos dejar constancia de nuestro reconocimiento a la Fundación Neerlandesa para el Fomento de Investigaciones Tropicales (WOTRO) por haber hecho posible nuestra estancia en Caracas.

<sup>15</sup> El interés de un análisis del uso de estas formas es triple:

i) teórico, desde el punto de vista de la lingüística general, ya que si es posible explicar el uso de *sí* y *él* por medio de un análisis no configuracional, quedará establecido que al menos en un dominio de la sintaxis —y nada menos que en el de la correferencia— no son atributos formales/configuracionales de la expresión lingüística lo que da cuenta de la presencia de una u otra forma, pese a los presupuestos por la gramática generativa (cf. Newmeyer, 1983:49);

ii) teórico, desde el punto de vista sociolingüístico, ya que si es posible explicar el uso

de *sí* y *él* mediante un análisis semántico/pragmático, quedará establecido que son consideraciones comunicativas —y no factores extra-lingüísticos— los responsables (al menos en parte) de lo que apresuradamente se ha dado en llamar *variación sintáctica* (cf. García, 1985);

iii) práctico, ya que contribuirá a nuestro mejor conocimiento del español. El hecho de que *sí* sea una forma relativamente poco frecuente no es motivo para que no se estudie su uso —particularmente tratándose de la variante preposicional *se*, cuyo interés para toda la gramática del español no está en duda.

<sup>16</sup> En García (en prensa) señalamos que "tercera persona" debe entenderse, como lo señalaba Benveniste (1966:256), como un valor esencialmente negativo, que no refiere ni al hablante ni al oyente. *Sí* como pronombre personal, sugiere que un referente (que en todo caso no será ni la primera persona ni la segunda) está, sin embargo, *dado* en la situación de habla. Lo está, en efecto, en el *discurso* que se desarrolla ésta.

<sup>17</sup> Se recordará que cuatro informantes venezolanos no utilizaron *sí* ni una vez, pese a que casi todos los pasajes del *Cuestionario II* tienen este pronombre en la versión original.

<sup>18</sup> Observamos además en II-3 (pero no en II-7) una diferencia apreciable entre las respuestas de los grupos A y B en México:

	II-3		II-7	
	A	B	A	B
% de fallos	12	57	0	0
% forma original	73	33	100	86

Es evidente que el pasaje II-3 es más difícil, y hace resaltar la diferencia entre los dos grupos de informantes.

<sup>19</sup> Este pasaje nos demuestra que el contexto sugiere con mayor o menor probabilidad, pero nunca forzosamente determina un mensaje unívoco. Volveremos sobre este hecho fundamental en la sección final del trabajo.

<sup>20</sup> La frecuente co-ocurrencia de *misma* con *sí* favorecerá, naturalmente, el recurso a *sí* cuando esté presente aquella forma. Esta podría ser una explicación de la coincidencia entre los grupos C y A en preferir *sí* I-14: que haya pesado para los informantes C solo el *misma*, para los A también el contexto general.

<sup>21</sup> Lo dicho quizá tenga también sus implicaciones prácticas en la enseñanza de la lengua escrita, tanto a nativos como a extranjeros. Poco adelantaremos mientras la enseñanza de *composición* se base en análisis gramaticales erróneos y se pase por alto lo que *sí* está en juego —la integración coherente de información dada con información nueva. Es esto, presumiblemente, lo que debe aprenderse a hacer de la manera más efectiva— no solo al leer, sino también al escribir.

## Bibliografía

- Alarcos Llorach, E.  
1970 *Estudios de gramática funcional del español*. Madrid: Gredos.  
Alcina Franch, J. y Blecaua J. M.  
1975 *Gramática española*. Barcelona: Ariel.

- Alonso, M.  
1968 *Gramática del español contemporáneo*. Madrid: Guadarrama.  
Bach, E.  
1974 *Syntactic theory*. New York: Holt & Co.  
Bello, A.  
1964 *Gramática de la lengua castellana*. Buenos Aires: Sopena.  
Benveniste, E.  
1966 La nature des pronoms. En *Problèmes de linguistique générale*, 251-257. Paris: Gallimard.  
Bloomfield, L.  
1927 Literate and illiterate speech. *American Speech* 2: 432-439.  
Coseriu, E.  
1973 *Sincronía, diacronía e historia*. Madrid: Gredos.  
Chomsky, N.  
1957 *Syntactic Structures*. La Haya: Mouton.  
1965 *Aspects of the theory of syntax*. Cambridge, Mass.: MIT Press.  
1982 *Lectures on government and binding*. Dordrecht: Foris.  
Fernández, S.  
1951 *Gramática española*. Madrid: Revista de Occidente.  
García, E. C.  
1975 *The role of theory in linguistic analysis*. Amsterdam: North Holland.  
1983 Context-dependence of language and linguistic analysis. En F. Klein-Andreu (ed.), *Discourse Perspectives on Syntax*, 181-207. New York: Academic Press.  
1985 Shifting variation. *Lingua* 67: 189-224.  
1986a Reflexivity turned back on itself. En O. Jaeggli & C. Silva-Corvalán (eds.), *Studies in Romance Linguistics*, 61-74. Dordrecht: Foris.  
1986b El fenómeno (*de*) *queísmo* desde una perspectiva dinámica del uso comunicativo de la lengua. En J. G. Moreno de Alba (ed.), *Actas del II Congreso Internacional sobre el español de América*, 46-65. México: UNAM.  
1986c Coherencia textual: prueba para y del análisis lingüístico. En E. Suomela-Härmä y O. Välikangas (eds.), *Actes du 9 Congrès des Romanistes Scandinaves*, 71-80. Helsinki: Societé Néophilologique.  
En prensa. Grasping the nettle: variation as proof of invariance. En L. R. Waugh & S. Rudy (eds.), *New Vistas on Grammar*. Amsterdam: John Benjamins.  
Por aparecer. Reanalyzing actualization and actualizing reanalysis. En *Proceedings of the 8 ICHL*.  
Haiman, J.  
1985 *Natural Syntax*. Cambridge: Cambridge University Press.  
Humboldt, W. von  
1949 *Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues*. Ed. H. Nette. Darmstadt: Claassen & Wurth.